

El rechazo perverso de lo femenino

PIERRE BRUNO

CON RESPECTO A LA PERVERSIÓN, UNA PRIMERA BRÚJULA: FREUD

El niño es un perverso polimorfo, es decir, la meta pulsional y el objeto pulsional no están subordinados a la primacía del falo ni a la diferencia sexual. Ejemplo: sadismo (meta) para con un animal (objeto). No podemos hablar a este nivel de estructura perversa ya que esta perversión se observa en todos los niños. No hay una elección de estructura.

Para Freud, el paradigma de la perversión es el fetichismo. En el fetichismo, la castración de la madre no está reprimida sino que es el objeto de una desmentida (*Verleugnung*). Hay una primacía de la desmentida sobre el reconocimiento de la castración materna.

UNA SEGUNDA BRÚJULA: LACAN

Para Lacan, el paradigma de la perversión es el masoquismo: máxima del goce que puede dar lo real. Por cierto, la pulsión masoquista es la pulsión que busca realizar la pulsión de muerte: si pudiera vivir muerto, sería el goce. Sin embargo, hay un límite al masoquismo. Por esta razón, el masoquista establece un contrato con su partenaire (Sacher Masoch con Wanda). Lacan habla del faroleo (*chiqué*) del masoquista.

Me parece que el escritor francés Georges Bataille ha intentado franquear este límite del masoquismo, pero aún en un cuadro ritual. Había fundado una sociedad secreta llamada "Acéphale" (sin el órgano del pensamiento) y había proyectado un sacrificio humano (el de una mujer) como fin de una experiencia perversa colectiva. Sabemos que la experiencia perversa colectiva tuvo lugar, pero Bataille reculó ante este sacrificio. Estaba en el papel del sádico, pero, al igual que Sade, no pudo matar el *ídolo* (nombre que le dio otro escritor, Michel Fardoulis-Lagrange, quien participó de la experiencia), a la mujer que debía ser sacrificada. Hay un contraejemplo, en el



libro de M'Uzan, *El arte y la muerte*, donde la mujer muere a causa de las prácticas perversas de su marido, pero es un caso de psicosis.

*

Para Freud y Lacan, la perversión es una estructura, es decir, marca una relación específica del sujeto con el Otro y con el goce. En la neurosis o en la psicosis podemos encontrar rasgos perversos (Rousseau), pero no podemos hablar de estructura perversa.

¿CÓMO CARACTERIZAR ESTA ESTRUCTURA?

Si oponemos represión (*refoulement*, *Verdrängung* y no *Unterdrückung*) y desmentida (*Verleugnung*), podemos ya extraer algunas conclusiones. Lacan traduce *Verleugnung* por “*désaveu*”, es decir, lo contrario de “*aveu*”. “*Aveu*” no es exactamente confesión. *Avouer* significa decir lo que yo sé y que no quiero decir en un primer tiempo. *Avouer* su amor o *avouer* bajo la tortura. Así, como la desmentida concierne a la castración materna, podemos decir que el sujeto perverso sabe que la madre está castrada, pero no quiere decirlo, mientras que, en el caso del neurótico, podemos decir que este saber ha sido reprimido (*refoulé*). En mi opinión, la fascinación del neurótico por el perverso tiene su origen en este hecho: el perverso sabe que la madre está castrada, pero no quiere *avouer*. Confesarlo. Así, el perverso organizó su relación con el goce como si fuera posible lograr que la madre (la mujer) alcance el goce.

Sin embargo, sabe que hay un padre, o al menos alguien que le ha impedido continuar siendo el falo imaginario de la madre, su complemento. Entonces, ¿qué hacer con este padre? La pregunta que se presenta aquí es la relación del perverso con la ley. Así, la transgresión perversa quiere decir: *nada* (ninguna ley) *me separa del goce materno* (por ejemplo, el homosexual masculino, cuando ha perdido a su madre como objeto de amor, se identifica con ella para proseguir consigo mismo como objeto la relación anterior).

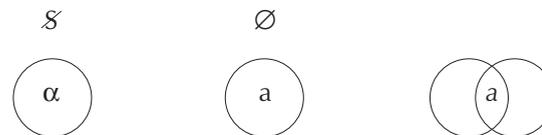
Pero esta transgresión es contradicha por los hechos: el masoquista quiere un contrato. El sádico no puede matar el ídolo. Sabemos que, a menudo, la cura de un perverso homosexual termina o, más bien, se interrumpe, en una conversión religiosa.

¿Por qué? En su *Seminario XI*, Lacan desarrolla el proceso de sujetamiento (*assujettissement*), diciendo que éste está compuesto por la alienación y la separación. La alienación no es la alienación hegeliana, es decir, el hecho de que hay una pérdida de sí mismo en el otro (la alienación es inicialmente un concepto jurídico, ya aislado



por Rousseau; en este sentido, la alienación quiere decir la transferencia de toda mi propiedad a la comunidad). No es lo mismo con Lacan, ya que la alienación no señala una transferencia en el otro, o en el Otro como lugar del significante, sino una división cuyo signo lógico es la unión (*vel*, en latín). Esta alienación quiere decir que cuando, gracias al lenguaje, aparezco como sentido, al mismo tiempo desaparezco como ser (este término *ser* tomó una significación diferente al final de la obra de Lacan). Si tenemos en dos conjuntos el elemento *a* (*a* en el primero y *a* en el segundo), la reunión no es una adición ($1 + 1 = 2$); *a* será contabilizado una sola vez ($1 \cup 1 = 1$). Uno de los dos *a* se pierde. La separación, que implica la metáfora paterna, opera con esta pérdida. ¿Cómo? El elemento perdido se vuelve causa del deseo y, así, el sujeto se engendra (*se parere – se parare*¹). Obtenemos el matema del fantasma: $\$ \diamond a$.

Esto es muy complejo. No voy a intentar elucidarlo todo, porque no es posible. Pero aquí. Pero puedo señalar las preguntas: ¿Cómo se efectúa la integración de los objetos parciales por el falo simbólico? ¿Cuál es la relación entre *a* y el padre real, agente de la castración? Quiero sostener una proposición: el objeto *a*, recaudado en el Otro, es también recaudado en el sujeto (por ejemplo, los excrementos: la demanda de recaudo viene del Otro, pero se produce en el sujeto).



De todas maneras, lo importante es que la composición, el montaje del fantasma, tiene como resultado la constitución, para el sujeto, de su realidad. Ahora bien, en la medida en que el Nombre-del-Padre es lo que permite la metáfora paterna y en consecuencia el fantasma, la realidad constituida por el fantasma es una realidad orientada hacia el padre –el padre como quien ha permitido al sujeto no desaparecer definitivamente a causa de la palabra materna. Realidad religiosa entonces. Por esta razón, el fantasma es siempre perverso. Lo recuerdo:

- el neurótico ha reprimido su castración (su desidentificación con el falo imaginario de la madre que deja a ésta sin falo);
- el perverso sabe de su castración pero no quiere confesarla.

Encontramos aquí dos problemas.

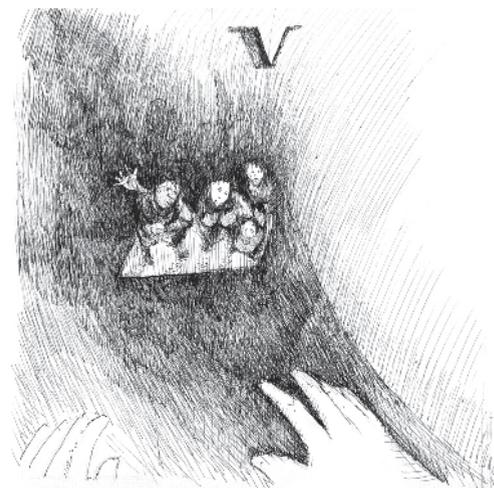
Si la cura del neurótico se reduce a permitir, para el analizante, una reconciliación con el Nombre-del-Padre, es decir, con la realidad religiosa que soporta el

¹ Un equívoco se plantea entre *se parere* y *se parare*.

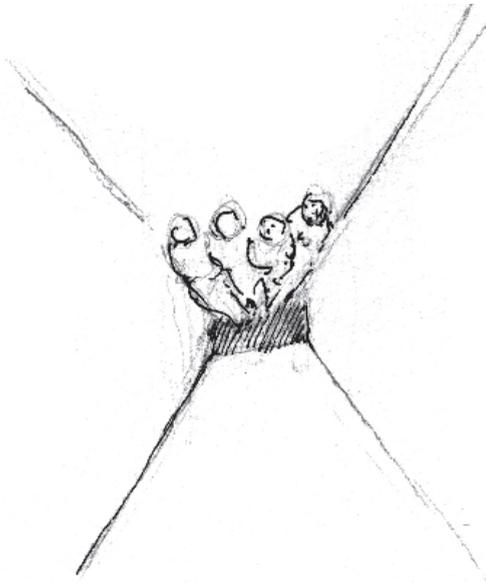
fantasma, se corre el riesgo de producir una perversión transitoria. Es el caso cuando el analista toma la posición del amo de la verdad. Él se transforma en el Otro consistente y provoca así un *acting out* que, a menudo, refuerza un rasgo perverso (ejemplo clínico en el *Seminario IV* de Lacan –el caso del hombre en los baños). Lo mismo se produce cuando el analista cree que la palabra del analizante se dirige a él sin ver que, más allá, se dirige al Otro.

Ahora bien, ¿cómo hacer con el perverso?

El problema es que, para él (por fin vamos a decir algo sobre ella), la castración (falta simbólica de un objeto imaginario por un agente real) es sin resto. De otra manera, para él, la negativación fálica ($-\phi$, falo imaginario) no tiene como resultado la diferenciación sexual (los hombres tienen el falo simbólico, las mujeres son el falo), menos aún el reconocimiento de que las mujeres están no-todas castradas –ya que la castración concierne solamente al lado izquierdo de las fórmulas de sexuación. ¿Cuál es el resultado? Ya en *El fetichismo*, o más tarde en *La escisión del yo en el proceso de defensa*, Freud descubre que no hay, nunca, reconocimiento de la castración sin desmentida. Es una cosa estructural que traduce el hecho de que la castración no puede regular completamente la economía del goce. En la perversión encontramos una variedad específica de esta escisión. Cuando la desmentida prima por sobre el reconocimiento, el régimen de la diferencia sexual es uno donde todo es posible. Hay un ejemplo maravilloso en Freud que cité hace catorce años en Medellín: “Freud habla del caso de un hombre que tenía como fetiche unas bragas íntimas que le servían con su compañera en una relación fetichista, pero también le servían a él como pantaloneta de baño. Freud comenta que esa pieza escondía absolutamente los órganos genitales y, por lo tanto, la diferencia entre ellos. No solamente escondía los órganos genitales de la mujer sino también los del hombre, es decir, que con respecto a la castración todas las posibilidades existían: ella tiene el falo, ella no lo tiene, él lo tiene, él no lo tiene. Esto nos permite ver que lo posible es de alguna forma lo que conviene a la modalidad de la perversión”². Si ahora consideramos otras formas de perversión, debemos partir de la proposición de Lacan que, según mi opinión, funda la castración en Freud. Esta proposición, en el *Seminario XVI*, es: *el lugar del significante es el no-lugar del goce*. Ahora el problema es construir la solución que le permitirá al otro (inicialmente la madre) recuperar este goce excluido (excluido por la negativación fálica, si seguimos a Freud, y esta negativación se produce para el niño o también para la niña, que deben desidentificarse del falo imaginario de la madre). Dicho de otra manera, el falo simbólico no es suficiente para permitir esta recuperación –como es el caso en la neurosis.



² Pierre Bruno, *La per-versión*, Fundación Freudiana de Medellín, Medellín 1992, p. 18.



Así, el masoquista completará al sádico con la voz: a minúscula (la voz) se reintegra al gran Otro. El sádico, por su parte, también quiere volver a completar al partenaire con la voz, pero, a diferencia de lo que sucede en la relación del masoquista con su partenaire, la voz no se le adjudica sino que se le impone a la fuerza, la cual implica adicionalmente la reducción del partenaire al silencio (mordaza). En este caso, la voz no es la que se le atribuye al partenaire, como en el masoquismo, sino la que, al provenir del agente del suplicio encarnado en el sádico, gobierna el partenaire.

Así, el reconocimiento *desmentido* de la castración materna tiene como consecuencia que el perverso pone la castración a cargo del Otro, es decir, de todo partenaire. Y se da como misión permitir a este partenaire un goce, un goce a pesar de todo. Una frase de Lacan resume el asunto: “Un hombre sólo se encuentra con *la* mujer cayendo en la perversión”. En efecto, en la perversión, *la* mujer ha sido completada.

*

VOY A TERMINAR CON DOS EJEMPLOS Y UNA PREGUNTA

1. Ejemplo clínico de un exhibicionista que debe seguir una terapia porque le ha mostrado su sexo a unas chicas en un parque. Es un caso de control. La analista que lo recibe me dice que ha renunciado a desnudarse en público pero que continúa desnudándose cuando está solo (sin su mujer) en la casa. ¿Qué significa eso? Cuando está desnudo, mira su sexo en un espejo. ¿En este caso, dónde está el otro, el partenaire? Hay una imaginarización del falo simbólico. Lo que no puede verse, porque siempre está bajo un velo, el falo simbólico, es decir, el significante de los significantes, se hace así visible. La transmisión fálica no ha sido suficiente. Entonces el perverso se ayuda del falo simbólico imaginarizado para poner un obstáculo contra el deseo de la madre o de su mujer.
2. Ejemplo ficticio de una novela de Pieyre de Mandiargues, *L'Anglais décrit dans le château fermé*. Al final, el personaje central de la novela ata a una mujer joven desnuda a una cruz y ata frente a ella, a la altura de sus ojos, a su bebé de seis meses. Enseguida, por medio de un sistema, obliga a la mujer a mantener sus ojos abiertos, y corta al niño en dos partes con un cuchillo. ¿Cuál es su objetivo? Obligar a la mujer a ver, en el suplicio del niño, su propia castración. No se trata ahora de completar al partenaire con la voz o la mirada, sino de

realizar un reconocimiento puro de la castración obligando al partenaire a un goce absoluto, pero sin libido –sin eros, sin sexualidad. Hablé de Bataille y del *Acéphale*. Es el mismo objetivo.

Se plantea entonces una pregunta: ¿cómo se franquea el paso entre la perversión sádica, por ejemplo, que retrocede frente a la madre desacralizada (cfr. Sade: hay una violación de la madre, pero después ella es cosida) y el crimen realizado? Descartamos la hipótesis de la psicosis. Me parece que hay otra hipótesis. La hipótesis de la ficción: Bataille y Mandiargues. Si somos optimistas podemos pensar que cuando la ficción realiza el fantasma, la consecuencia es que no hay que realizar el fantasma en la realidad. Me parece cierto. *La letra se sustituye a la ausencia del deseo*. Es una fórmula de Lacan en su texto sobre Gide. Escribir, como escritor, implica una desactivación del fantasma, es decir, el reconocimiento de que un fantasma nunca podrá hacerse realidad porque es ya realidad. Pero hay una tercera hipótesis: el crimen perverso puede ser realizado si este crimen se hace en un grupo, un grupo que considera que obedece a una ley más fuerte que las leyes humanas. *El castillo*, el lugar cerrado, es una constante en la perversión. También lo son los cómplices. Sus acciones obedecen ahora a un Otro superior que no respeta las leyes humanas. Este Otro, un padre real imaginarizado como terrible, es el objeto de un culto –versión hacia el padre y amor hacia el verdugo (cfr. *1984* de Orwell).

¿Dónde está lo que puede introducir una disfunción en la perversión? El síntoma. Voy a concluir con una consideración simple. Cuando el exhibicionista se mira el sexo al espejo, es un síntoma, es decir, algo para impedir que él sea objeto pasivo de goce para su mujer. Es la definición del síntoma: yo quiero gozar del Otro, pero no quiero ser gozado por el Otro. El caso de Sandy es paradigmático. Se trata de considerar el síntoma no como algo que despreciar por el hecho de incluir un goce, sino como la marca de la imposibilidad de la relación sexual.

Gozo del Otro que/quien puede gozar de mí, máxima sadiana.

